

SONRÍE.

En la televisión, una persona vestida de rojo y azul queda pegada a la pared, sube a cuatro patas por un edificio enorme y se lanza a volar por las avenidas escupiendo de sus muñecas tejido arácnido y gritando de felicidad. El hombre frente al aparato sonríe, coloca los enseres de la cena sobre una bandeja y se dirige a la cocina del piso. El tintineo del vaso contra el plato acompaña su lento y corto viaje de una estancia a otra.

Una mosca, atraída por el tufo que inunda el aire de la cocina, da vueltas sobre la cabeza del hombre y termina posándose en la pared donde largas vetas de pringue grasaienta se confunden con las juntas de los azulejos. El hombre se acerca a la mosca y la mira de cerca, la estudia. Levanta el brazo. La mosca intuye el peligro, trata de separar sus patas y bota y rebota contra el muro. Un tremendo manotazo cae sin misericordia. El hombre sonríe. Despega la mano a la vez que atrae unos hilos de mugre. Observa los restos del insecto: una patita aún se mueve. Restriega la mano por los pantalones.

Un murmullo incesante en el patio interior del edificio lo distrae. Se aproxima a la ventana y mira hacia abajo.

—Esto no puede seguir así. El viejo es un guarro.

—Seguro que hace sus necesidades sobre el suelo de la casa.

—¿Y los gritos que pega por la noche? No se puede dormir.

—Señores —dice el portero—, los de servicios sociales llegarán mañana. Hay que entender al señor Pereda. Su familia hace tiempo que no pasa por aquí y se niega a abrirnos la puerta. Poco más podemos hacer. Tan solo esperar.

El hombre observa tranquilo. De pronto, siente una inquietante presencia sobre su cabeza; en el quicio de la ventana una gran araña se come a una mosca atrapada en la red. Alza sus gafas de alta graduación y queda a escasos centímetros de los ojos del artrópodo que sin inmutarse continúa la deglución del insecto. El hombre sonríe y levanta una mano.

—Tiró los restos del almuerzo por el patio y me puso la ropa perdida.

—Pone la televisión a un volumen brutal con películas donde chillan, se pegan y hay explosiones.

—A mí me hace caso si le pido que baje el sonido —dice el portero tratando de rebajar los ánimos del personal—. Y recuerden: desde hace dos años costea

desinteresadamente los desperfectos ocasionales del edificio. Buen dinero se ha ahorrado la comunidad.

Un tremendo chillido de una de las vecinas llena el hueco del patio interior. Todos miran espantados hacia arriba. El hombre está encaramado sobre el alféizar de la ventana. Con una mano se agarra al marco dejando buena parte de su cuerpo al aire libre. Sonríe. Con su otra mano apunta al cielo y de la muñeca brota escupido un hilo de araña elástico que se pega a una antena de televisión. El hombre sale impulsado hacia arriba y sobrevuela el edificio. Tras un rato de suspensión en el aire planea en caída libre; pero un nuevo lanzamiento de tela de araña contra otro edificio cercano le hace remontar el vuelo llegando a rozar el asfalto de la calle y a algunos coches que frenan y se golpean entre sí ante la sorprendente aparición.

Divisa a una mujer que camina despistada por la calle. Desciende en perfecto planeo y la agarra por la cintura alzándola en el aire con una doble pируeta mortal. La mujer grita aterrada, pero al ver que es su marido se relaja. Vuelan y vuelan por la ciudad.

De repente, una fuerte sacudida de ondas de energía tumba a la pareja voladora contra la azotea de un bloque de 25 pisos. Una enorme figura verde, de más de tres metros de alto, redonda, sebosa y de granos purulentos, se coloca ante los dos en actitud de claro desafío. No tiene brazos, pero sí una inmensa boca con dientes afilados que despiden un hedor insoportable.

—¡He venido a por ti y esta vez no te escaparás! —brama la Cosa.

El hombre sonríe. Lanza tejido arácnido sobre su enemigo y una violenta pelea tiene lugar. Tres edificios, una estación de metro al aire libre, cinco vagones de tren y un número indeterminado de coches y farolas acaban destruidos tras la terrible refriega. Milagrosamente ningún ser humano, animal o planta sale malherido, a excepción del espantoso adversario. El hombre es aclamado por la multitud de viandantes que ha seguido inquieta la terrible disputa y sobre todo, por los limpiadores del ayuntamiento, ya que a pesar de haber dejado todo hecho un asco, es menos de lo habitual.

Escupe de nuevo tela arácnida hacia el cielo y sale volando para reencontrarse con su esposa que le espera en la azotea. Se besan con pasión. Se quieren, se aman, se desean. Y retoman el vuelo pendular a lo largo de las avenidas principales de la ciudad para perderse silueteados en el ocaso del gran Sol. Gritan de alegría. Sonrían.

...

Dos horas más tarde el portero friega manchas de sangre en el patio.

—Su esposa falleció hace dos años —dice a un policía que toma notas en un pequeño cuaderno.

Coge el cubo y vierte las aguas rojizas por el sumidero; aguas que van a dar al río, que van a dar en la mar...

JB 2011